

Preludio

Recuerdo como si fuera ahora la primera vez que la vi. Fue en casa de un pieza de la clase, que para celebrar que no repetiría curso hizo una fiesta descomunal a la que estaba invitado todo el instituto. Su madre había preparado bocatas de salmón, tres quesos, jamón de pato, y muchas otras delicias que no llegué a probar, porque cuando se destapó la mesa todos se lanzaron encima y en cuestión de minutos no quedaron ni las migas.

El anfitrión -un tal Lis, diminutivo de Luis- se había encargado de llenar la nevera con botellas de cerveza, whisky y ron, combinación explosiva que hizo que más de uno acabara bien zumbado.

Era a principios de junio y, aunque todavía hacía frío, el verano estaba al caer. Todavía me faltaban dos semanas para los exámenes que decidirían si podía ir a la universidad o si era mejor que me dedicara a otra cosa.

Joan-Marc y yo nos habíamos sentado en el suelo, delante de una improvisada pista de baile donde las chicas rivalizaban para atraer nuestra atención aunque, por absurdo que parezca, ninguna quería nada de nosotros. Éramos demasiado "críos" para mujeres como aquellas. Sin dejar de mover la cabeza al ritmo de la música,

Joan-Marc me señaló con un gesto una chica que estaba de pie, completamente sola, al fondo del salón. No la había visto nunca por el instituto: era muy alta y delgada, con el pelo corto y negro, del mismo color que un abrigo de hilo que casi le llegaba a los pies. Me extrañó que no bailara ni se hubiera integrado en uno de esos grupitos que, aquí y allá, charlaban de cualquier cosa. Parecía algo mayor que nosotros, tal vez un año más, aunque era difícil de saber. Se limitaba a observar la escena con cara de

aburrimiento, como si todos fuéramos bobos, y probablemente lo éramos.

Entonces Joan-Marc, sin dejar de mirarla, me preguntó:

-Genís, ¿tú qué pensarías de alguien que viene a una fiesta y no se quita el abrigo?